

Chanterie casó á su hija única con un hidalgo cuya piedad, antecedentes y fortuna ofrecían todo género de garantía; un hombre que, según el dicho popular, *era la comidilla* de la mejor sociedad de la comarca en que la señora de la Chanterie y su hija pasaban el invierno. Tenga usted en cuenta que esta sociedad se componía de siete ú ocho familias de las más renombradas de la nobleza francesa, los Esgrignon, los Troisville, los Casteran, los Nouatre, etc. Al cabo de dieciocho meses, este hombre dejó á su mujer y se escapó á París, donde cambió de nombre. La señora de la Chanterie no pudo saber las causas de esta separación hasta que el escándalo fué público. Su hija, educada con minuciosos cuidados y en los más puros sentimientos religiosos, guardó un profundo silencio sobre este acontecimiento. Esta falta de confianza hirió atrocemente á la señora de la Chanterie. Varias veces ya había reconocido en su hija ciertos indicios que denotaban que poseía el carácter aventurero de su padre, si bien aumentado con una firmeza de carácter casi viril. El marido se fué de su lado, dejando sus negocios en lastimosa situación. La señora de la Chanterie está aún asombrada de aquella catástrofe, que ningún poder humano hubiera podido remediar. La gente á quien consultó prudentemente le dijo que la fortuna de su yerno era clara y líquida en tierras y sin hipotecas, cuando en realidad resultaba que hacía ya diez años que debía mucho más de lo que tenía. En su consecuencia, los inmuebles fueron vendidos, y la pobre recién casada, reducida á su única fortuna, volvió á casa de su madre. La señora de la Chanterie supo más tarde que aquel hombre había estado sostenido por las gentes más distinguidas de aquel país por intereses de sus créditos, pues aquel miserable les debía á todos sumas más ó menos considerables. De modo que, desde su llegada á la provincia, la señora de la Chanterie había sido considerada como una presa. Sin embargo, esta catástrofe tuvo otras

razones, que comprenderá usted por un documento confidencial presentado al Emperador. Por otra parte, aquel hombre se había captado, hacía mucho tiempo, las simpatías de los más distinguidos realistas de la comarca, por su adhesión á la causa real durante la época más borrascosa de la Revolución. Era uno de los emisarios más activos de Luis XVIII, y, desde 1793, había tomado parte en todas las conspiraciones, retirándose de ellas tan sabiamente y con tanta astucia, que acabó por inspirar sospechas. Habiéndole dado las gracias Luis XVIII por sus servicios, y como no tomase ya parte en los asuntos políticos, volvió á tomar posesión de sus tierras, empeñadas hacía ya mucho tiempo. Estos antecedentes, oscuros á la sazón (pues los iniciados en los secretos del gabinete real guardaron silencio sobre tan poderoso cooperador), hicieron objeto á aquél de una especie de culto en una ciudad tan adicta á los Borbones, y donde los medios más crueles de la chuanería eran admitidos como de buen género. Los Estrignon, los Casteran, el caballero de Valois, en fin, la aristocracia y la Iglesia abrieron sus brazos á aquel diplomático realista y lo ampararon. Esta protección fué apoyada por el deseo que los acreedores tenían de ser pagados. Aquel miserable, que podía formar pareja con la Chanterie, supo contenerse durante tres años, fingió la más alta devoción é impuso silencio á sus vicios. Durante los primeros meses que los recién casados pasaron juntos, el marido ejerció una especie de influencia sobre su mujer, é intentó corromperla con sus doctrinas (si doctrina puede llamarse al ateísmo) y con el tono burlesco con que hablaba de los principios más sagrados. Desde su vuelta al país, este diplomático de baja estofa tuvo amistad íntima con un joven cargado de deudas como él, pero que se hacía simpático por tanta franqueza y valor como hipocresía y cobardía había demostrado aquél. Este socio, cuyos atractivos, carácter y vida aventurera te-

nían que influir en una joven, fué para el marido una especie de instrumento y se sirvió de él para apoyar sus infames teorías. La joven no quiso nunca decir á su madre el abismo en que la casualidad la había sepultado, pues es preciso renunciar á hablar de prudencia humana al pensar en las minuciosas precauciones tomadas por la señora de la Chanterie cuando trató de casar á su hija única. Este último golpe, dado á una mujer que había sufrido tantas desgracias y que había hecho una vida tan abnegada, pura y religiosa, dotó á la señora de la Chanterie de una desconfianza en sí misma, que la aisló tanto más de su hija, por cuanto que ésta, á cambio de su mala suerte, exigió casi su libertad, dominó á su madre y llegó hasta á insultarla á veces. Atacada de este modo en todas sus afecciones, engañada en su abnegación y en su amor por su marido, á quien había sacrificado sin queja su dicha, su fortuna y su vida, engañada en la educación exclusivamente religiosa que había dado á su hija, engañada asimismo por la sociedad en el asunto del matrimonio, y no obteniendo justicia en el corazón donde había sembrado tan buenos sentimientos, se unió estrechamente á Dios, cuya mano la hería tan duramente. Esta medio monja iba á la iglesia todas las mañanas, practicaba todas las austeridades claustrales y hacía economías para aliviar á los pobres. ¿Hay hasta la fecha vida más santa y más sufrida que la de esta noble mujer, tan resignada con el infortunio, tan valerosa en el peligro, y siempre tan cristiana? dijo Alain viendo á Godofredo sorprendido. Usted conoce á la señora, sabe que no carece de sentido, de juicio y de reflexión, y que posee estas cualidades en el más alto grado. Pues bien; estas desgracias, que bastarían para hacer creer á cualquiera que era imposible buscar una vida más adversa, no son nada en comparación con lo que Dios reservaba á esta mujer. Ahora ocupémonos exclusivamente de la hija de la señora de la Chanterie, dijo el buen hombre

reanudando su relato. A los dieciocho años, época de su matrimonio, la señorita de la Chanterie era una joven de una complexión delicada, morena, de buenos colores, esbelta y con una cara divina. Sobre su espaciosa frente admirábanse unos hermosos cabellos negros, que armonizaban con sus ojos de azabache y su mirada alegre. Una especie de gracia en la fisonomía, ocultaba su verdadero carácter y su varonil entereza. Tenía pies y manos pequeños, y un no se qué de débil y sutil que excluía toda idea de fuerza y de virilidad. Como había vivido siempre con su madre, gozaba de una perfecta inocencia de costumbres y de extraordinaria piedad. Esta joven, lo mismo que la señora de la Chanterie, era adicta á los Borbones con fanatismo, enemiga de la Revolución francesa, y juzgaba el dominio de Napoleón como una plaga que la Providencia había impuesto á Francia en castigo á los atentados de 1793. Como ocurre siempre en casos análogos, esta conformidad de opiniones de la suegra y el yerno fué una razón que determinó el matrimonio, en el que, por lo demás, se interesó toda la aristocracia de París. Cuando se reanudaron las hostilidades en 1799, el amigo del miserable esposo había mandado una banda de chuanes. Parece que el barón (el yerno de la señora de la Chanterie era barón) no tenía más designio, al unir á su mujer con su amigo, que servirse de aquel afecto para pedirle ayuda y socorro. Aunque cargado de deudas y sin medios de existencia, este joven aventurero vivía muy bien y podía socorrer fácilmente al factor de las conspiraciones realistas. Esto exige algunas explicaciones sobre una asociación que dió mucho que hablar en aquella época, dijo el señor Alain interrumpiendo su relato. Me refiero á los *calentadores*. Todas las provincias del Este fueron más ó menos víctimas de estos pillajes, cuyo objeto era, más bien que el robo, el reanudar una guerra realista. Según se dice, se aprovecharon del gran número de refractarios á la ley de quintas,

que, como usted recordará, era abusiva. Entre Montagne y Regne, al otro lado de estos sitios y hasta en las orillas del Loira, hubo expediciones nocturnas que, en ciertos lugares de Normandía, castigaron principalmente á los dueños de bienes nacionales. Estas bandas llenaron de profundo terror á aquellas comarcas. No exagero si digo á usted que en ciertos departamentos la acción de la justicia quedó por mucho tiempo paralizada. Estos últimos amagos de guerra civil no dieron que hablar tanto como usted pueda imaginarse, acostumbrado como está hoy á la espantosa publicidad dada por la prensa á los menores procesos políticos ó particulares. El sistema del gobierno imperial era el de todos los gobiernos absolutos. La censura no dejaba publicar nada de lo que concernía á política, excepto los hechos verificados ya, y aun éstos muy tergiversados. Si se tomase usted el trabajo de hojear el *Monitor* y los demás periódicos que existían entonces, no encontraría usted ni una palabra de los cuatro ó cinco procesos criminales que costaron la vida á ochenta bandidos. Este nombre, dado durante la época revolucionaria á los chuanes, á los vendeanos y á todos los que tomaron las armas por la casa de Borbón, fué aplicado judicialmente bajo el Imperio á los realistas víctimas de algunos complots aislados. Para algunos caracteres apasionados, el Emperador y su gobierno eran los verdaderos enemigos. Explico á usted estas opiniones sin pretender justificarlas, y prosigo. Ahora, dijo después de una de esas pausas necesarias en los largos relatos, admita usted realistas arruinados por la guerra civil de 1793, y sometidos á violentas pasiones, admita usted también naturalezas excepcionales devoradas por necesidades y vicios, como la del yerno de la señora de la Chanterie y de su amigo, y comprenderá usted el cómo podían decidirse á cometer en su interés particular actos de pillaje que su opinión política autorizaba contra el gobierno imperial, en bene-

ficio de la buena causa. Este joven jefe se ocupaba, pues, en reanimar la tea de la discordia de la chuane-ria, para obrar en un momento oportuno. El Emperador pasó entonces una crisis atroz cuando, encerrado en la isla de Lobau, pareció que tenía que sucumbir ante el ataque de Inglaterra y de Austria. La victoria de Wagram hizo casi inútil la conspiración tramada en el interior. Esta esperanza de encender la guerra civil en Bretaña, en la Vendea y en una parte de Normandía, coincidió fatalmente con el estado más difícil de los negocios del barón, que pensó en llevar á cabo una expedición cuyos productos serían aplicados exclusivamente á salvar sus propiedades. Por un sentimiento lleno de nobleza, su mujer y su amigo se negaron á invertir en cosas privadas las sumas que habían de tomarse á mano armada de los fondos del Estado, y que habían de ser destinadas á asalaridar á los prófugos y á los chuanes, y á procurarse armas y municiones para llevar á cabo un levantamiento. Cuando, después de acaloradas discusiones, el joven jefe, apoyado por la mujer, negó terminantemente al marido el centenar de miles de francos cuya adquisición iba á hacerse por cuenta del ejército real, sorprendiendo los fondos que enviaba al Estado una de las recaudaciones generales del Oeste, el barón desapareció para evitar las ardientes persecuciones y encarcelamientos que empezaron á llevarse á cabo. Los acreedores deseaban los bienes de la mujer, y aquel miserable había agotado el manantial del interés que inclina á una mujer á sacrificarse por el marido. Esto es lo que ignoraba la pobre señora de la Chanterie; pero esto no es nada en comparación de la trama oculta bajo esta explicación preliminar. Esta noche, dijo el bondadoso anciano mirando al reloj, es ya muy tarde, y aunque quisiera contarle á usted el resto de la historia, no tendría tiempo. Cuando me instalé aquí, mi amigo el anciano Bordín, á quien el famoso proceso Simeuse había iniciado en algunos de los

secretos del partido realista, y que tomó parte en el proceso criminal llamado de los Calentadores de Montagne, me entregó dos documentos que yo he conservado, porque murió poco tiempo después. Encontrará usted en ellos los hechos mucho más detallados de lo que yo pudiera hacerlo. Estos hechos son tan numerosos, que, si me pusiera á meterme en detalles, tendría para más de dos horas; mientras que en esos documentos se enterará usted de una manera somera. Mañana por la mañana acabaré de contarle lo que concierne á la señora de la Chanterie, é instruído como estará usted por esos documentos, podré acabar en muy pocas palabras.

El anciano entregó unos papeles, amarillos ya de viejos, á Godofredo, el cual, después de haber dado las buenas noches á su vecino, se retiró á su habitación, donde leyó, antes de dormirse, los dos documentos siguientes:

#### ACTA DE ACUSACIÓN

##### *Audiencia de justicia criminal y especial del departamento del Orne*

El procurador general de la audiencia imperial de Caen, nombrado para desempeñar sus funciones ante la audiencia criminal y especial establecida en Alençon por decreto imperial de septiembre de 1809, expone al tribunal los siguientes hechos que resultan de la instrucción del proceso:

Un complot de bandidos, concebido con profundidad inaudita y que se relaciona con un proyecto de revolución en los departamentos del Oeste, estalló manifestándose con varios atentados hechos contra ciudadanos y sus propiedades, y más notoriamente por el ataque y robo á mano armada de un coche que transportaba, el... de mayo de 180..., la recaudación de Caen por cuenta del Estado. Este atentado, que trae á la mente los deplorables recuerdos de una

guerra civil tan felizmente extinguida, reprodujo las concepciones de una maldad y perfidia que la flagranza de las pasiones no justificaba.

Desde el origen á los resultados, la trama es complicada y sus detalles numerosos: la instrucción duró más de un año; pero la evidencia de todos los pasos del crimen ha contribuido á que se conozcan hoy los preparativos, la ejecución y sus consecuencias.

La idea del complot pertenece á un tal Carlos Amadeo Luis José Rifoel, titulado caballero del Vissard, nacido en Vissard, ayuntamiento de Saint-Mexme, cerca de Ernéc, y antiguo jefe de rebeldes.

Este culpable, á quien Su Majestad el Emperador y Rey concedió el indulto cuando la pacificación definitiva, y que sólo reconoció con nuevos crímenes la magnanimidad del soberano, sufrió ya por último suplicio el castigo que merecían tantas maldades; pero se hace necesario recordar algunos de sus actos, pues ha influido en los culpables sometidos actualmente á la justicia, y se hace preciso citarlo en muchas de las particularidades de este proceso.

Este peligroso agitador, oculto, como acostumbran á hacer los rebeldes, bajo el nombre de Periquillo, erraba por el departamento del Oeste, recogiendo allí los elementos de una nueva revolución; pero su asilo más seguro fué el castillo de Saint-Savin, residencia de una dama llamada Lechantre y de su hija llamada Bryond, castillo situado en el municipio de Saint-Savin, distrito de Mortagne. Este punto estratégico trae á la mente los más atroces recuerdos de la rebelión de 1799. Allí fué asesinado el correo y robado el coche por una partida de bandidos mandados por una mujer, ayudada por el famosísimo Marche-à-Terre. Dedúcese de aquí que en aquellos lugares el crimen es hasta cierto punto endémico.

Hacia ya más de un año que existía una intimidad que no intentaremos calificar entre la dama Bryond y el llamado Rifoel.

En esta comarca ó ayuntamiento fué donde tuvo lugar, en el mes de abril de 1808, una entrevista entre Rifoel y el llamado Boislaurier, jefe superior conocido por el nombre de Augusto en las funestas rebeliones del Oeste, y que fué el que dirigió también el crimen cometido actualmente á esta audiencia. Este punto obscuro de las relaciones de los dos jefes, es hoy indudable por declaración de numerosos testigos, y goza además de la autoridad de la cosa juzgada, por la sentencia condenatoria dictada contra Rifoel.

Desde entonces, este Boislaurier se entendió con Rifoel para obrar de acuerdo.

Ambos, solos en un principio, se comunicaron sus atroces proyectos, inspirados por la ausencia de Su Majestad Imperial y Real, que mandaba entonces sus ejércitos en España. Desde esta época debían tener meditado, como base fundamental de sus operaciones, el robo de las recaudaciones del Estado.

Algún tiempo después, el llamado Dubut de Caen envió al castillo de Saint-Savin al emisario llamado Hiley, apodado el Labrador, conocido hacia ya mucho tiempo como salteador de diligencias, para que diese informes acerca de los hombres con los cuales se podía contar.

De este modo y por intervención de Hiley, fué como el complot contó desde un principio con la cooperación de un tal Herbomez, apodado el General Atrévado, antiguo rebelde del mismo género que Rifoel, y, como éste, perjuro á la amnistía.

Herbomez é Hiley reclutaron entonces en las comarcas vecinas siete bandidos que es preciso dar á conocer, y que son:

1.º Juan Cibot, apodado Pille-Miche, uno de los bandidos más atrevidos del cuerpo formado por Montaurad el año VII, y uno de los autores del ataque y muerte del correo de Mortagne.

2.º Francisco Lisieux, apodado el Gran-Hijo, prófugo del departamento de la Mayenne.

3.º Carlos Grenier, apodado Flor de Retama, desertor de la 69.ª media brigada.

4.º Gabriel Bruce, apodado Juan el Gordo, uno de los chuanes más feroces de la división Fontaine.

5.º Jacobo Horeau, apodado el Estuardo, teniente de la dicha media brigada, afiliado al Tinténac, y muy conocido por su participación en la expedición de Quiberon.

6.º María Ana Cabot, apodado Juventud, antiguo piquero del señor Carol d'Alençon.

7.º Luis Minard, prófugo.

Estos alistados se albergaron entre tres municipios diferentes, en casa de los llamados Bine, Melin y Laraviniere, posaderos ó taberneros, adictos todos á Rifoel.

Las armas necesarias les fueron proporcionadas por don Juan Francisco Leveillé, notario, incorregible corresponsal de los bandidos, intermediario entre ellos y varios jefes ocultos, y apodado el Confesor, y por un tal Félix Courceuil, antiguo cirujano de los ejércitos rebeldes de la Vendea, ambos de Alençon.

Once fusiles fueron escondidos en la casa que poseía el señor Bryond en el arrabal de Alençon, sin que él lo supiese, pues habitaba á la sazón su casa de campo situada entre Alençon y Mortagne.

Cuando el señor Bryond dejó á su mujer abandonándola á sí misma en la fatal ruta que debía recorrer, estos fusiles, retirados misteriosamente de la casa, fueron transportados por la misma dama Bryond en su coche al castillo de Saint-Savin.

Entonces fué cuando empezó á tener lugar en el departamento del Orne y en los circunvecinos aquella especie de pillaje que no sorprendió tanto á las autoridades como á los habitantes de aquellas comarcas, que gozaban de paz hacia ya tanto tiempo, y que prueba que estos detestables enemigos del gobierno y del Imperio francés se entendían con el extranjero y estaban en el secreto de la coalición de 1809.

El notario Leveillé, la dama Bryon, Dubut de Caen, Herbomez de Mayenne, Boislaurier del Mans y Rifoel fueron, pues, los jefes de la asociación á la que se adhirieron los culpables castigados ya por la sentencia que les alcanzó en compañía de Rifoel, los que son objeto de la presente acusación, y algunos otros desconocidos por haber huído ó por el silencio de sus cómplices, y que no están, por lo tanto, bajo la acción de la vindicta pública.

Dubut, domiciliado cerca de Caen, fué el que dió el aviso de la salida de los fondos de la recaudación al notario Leveillé. Desde entonces Dubut hizo varios viajes de Caen á Mortagne, y á Leveillé se le vió igualmente por los caminos.

Hay que advertir aquí que, cuando se distribuyeron los fusiles, Leveillé, que había ido á ver á Bruce, á Grenier y á Cibot á casa de Melin, encontró á esta gente preparando sus fusiles en una habitación interior, y aun ayudó él mismo á esta operación.

Se dió una cita general en Mortagne, en la posada del *Escudo de Francia*, y todos los acusados se reunieron allí bajo diferentes disfraces. Entonces fué cuando Leveillé, la dama Bryond, Dubut, Herbomez, Boislaurier é Hiley, que era el más hábil de los cómplices secundarios, del mismo modo que Dubut el más atrevido, se aseguraron de la cooperación del llamado Vauthier, apodado Vieja-Encina, antiguo criado del famoso Longuy, mozo de cuadra de la posada. Vauthier se comprometió á avisar á la dama Bryond del paso del coche que condujese los fondos de la recaudación, el cual se detiene generalmente en aquella posada.

No tardó en llegar el momento de llevar á cabo la reunión de los bandidos reclutados y dispersos por varios lugares, tan pronto en un municipio como en otro, é ignorados gracias á los cuidados de Courceuil y de Leveillé. Esta reunión se efectuó bajo los auspicios de la dama Bryond, la cual procuró un nuevo re-

tiro á los bandidos en una parte deshabitada del castillo de Saint-Savin, situado á algunas leguas de Mortagne, donde vivía con su madre desde la separación de su marido. La dama Bryond cuidó de preparar, ayudada por la joven Godard, su camarera, todas las cosas necesarias para el albergue y alimentación de semejantes huéspedes. Hace llevar á este intento algunos haces de yerba para que les sirvan de cama, visita á los bandidos en el asilo que les ha procurado, y lleva consigo varias veces á Leveillé. Las provisiones y los víveres fueron procurados por Courceuil, que recibía las órdenes de Rifoel y de Boislaurier.

La expedición principal estaba preparada, y los bandidos, armados ya, dejan su escondite de Saint-Savin, operan de noche, esperan el paso de los fondos de la recaudación, y el país se asombra de sus reiteradas agresiones.

Es indudable que los atentados cometidos en la Sartiniere, en Vonay y en el castillo de Saint-Savin, fueron cometidos por esta banda, cuya audacia igualaba á su maldad, y que supo inspirar tan gran terror á sus víctimas, que éstas guardaron silencio, quedando limitada así la justicia á meras presunciones.

Al mismo tiempo que ponían contribución á los dueños de bienes nacionales, estos bandidos exploraban con cuidado el bosque de Chesnay, escogido como teatro de sus crímenes.

No lejos de este bosque se encuentra la aldea de Louvigny. En esta aldea tienen una posada los hermanos Chaussard, antiguos guardabosques de las tierras de Troisville, que sirvieron de punto de cita á los bandidos. Los dos hermanos conocían de antemano el papel que tenían que desempeñar; Courceuil y Boislaurier les habían hecho algún tiempo antes declaraciones para reanimar su odio contra nuestro augusto emperador, anunciándoles que, entre los huéspedes que recibirían, habría hombres conocidos suyos,

como el temible Hiley y el no menos temible Cibot.

En efecto; el día 6, los siete bandidos, conducidos por Hiley, llegan á casa de los hermanos Chaussard y pasan allí dos días. El día 8, el jefe se lleva á su gente, diciendo que van á tres leguas de distancia, y manda á los dos hermanos que les procuren subsistencias, las cuales les fueron llevadas á una encrucijada situada á poca distancia de la aldea. Hiley volvió solo á dormir á la posada.

Dos hombres á caballo, que debían ser la dama Bryond y Rifoel, pues está averiguado que esta señora acompañaba á Rifoel en sus expediciones á caballo disfrazada de hombre, llegan por la noche y tienen una entrevista con Hiley.

Al día siguiente, Hiley escribe una carta al notario Leveillé, que fué llevada por uno de los hermanos Chaussard, el cual volvió inmediatamente con la respuesta.

Dos horas después, la dama Bryond y Rifoel vuelven á hablar con Hiley.

De todas estas conferencias y de estas idas y venidas, resulta la necesidad de adquirir un hacha para romper las cajas que encierran el dinero. El notario acompaña á la dama Bryond á Saint-Savin, y buscan allí en vano un hacha. El notario vuelve y á mitad de camino encuentra á Hiley, á quien iba á anunciar que no habían podido encontrar el hacha que se necesitaba.

Hiley vuelve á la posada, pide una cena para diez personas, é introduce á poco á los siete bandidos, que esta vez iban todos armados. Hiley ordena militarmente que dejen las armas. Se sientan á la mesa, cenan á toda prisa, é Hiley manda que le procuren alimentos en abundancia para llevárselos. Después llama á parte á Chaussard el mayor para pedirle un hacha. El posadero, asustado, si se le ha de dar fe, se niega á dársela. Courceuil y Boislaurier llegan, transcurre la noche, y aquellos tres hombres la pasaron paseándose

por el cuarto y hablando de sus complots. Courceuil, apodado el Confesor, que es el más astuto de todos aquellos bandidos, se apodera de un hacha, y á las dos de la mañana salen todos por diferentes puntos.

Los momentos estaban contados, y la ejecución del crimen estaba fijada para aquel día fatal. Hiley, Courceuil y Boislaurier dirigen y disponen á su gente. Hiley se embosca con Minard, Cabot y Bruce á la derecha del bosque de Chesnay. Boislaurier, Greniere y Horeau se colocan en el centro. Courceuil, Herboomez y Lisieux se extienden por el extremo del bosque. Todas estas posiciones están indicadas en el plano geométrico levantado por el ingeniero, y que va unido al proceso.

Entre tanto, el coche, que había salido de Mortagne á eso de la una y media, era conducido por un tal Rousseau, al que los acontecimientos acusan bastante para que se haya creído necesario su encarcelamiento. El coche, llevado al paso, debía llegar á eso de las tres al bosque de Chesnay. Un solo gendarme lo escoltaba, y le acompañaban tres viajeros. Tenían que llegar á la hora de almorzar á Donnery.

El cocher, que había ido hasta entonces muy despacio, al llegar al puente de Chesnay, que está á la entrada del bosque de este nombre, arrea los caballos, llevando el coche con una velocidad sorprendente, y se precipita por un camino serpeado que se llama el camino de Senzey. El coche se pierde de vista, y el ruido de cascabeles es lo único que indica su dirección; el gendarme y los jóvenes viajeros apresuran el paso para unírsele. Se oye un grito y cuatro tiros. Este grito es el de «¡Alto ahí, pillos!»

El gendarme sale ileso, saca el sable y corre en la dirección que supone que ha tomado el coche. De pronto se ve detenido por cuatro hombres armados que le hacen fuego; su ardor le preserva de las balas, y se dirige á uno de los jóvenes que le acompañaban para decirle que fuera á Chesnay á dar el toque de

alarma; pero dos bandidos se dirigen á él, le apuntan con sus fusiles, se ve obligado á dar algunos pasos atrás, y recibe un tiro en el sobaco izquierdo en el momento en que quiere observar el bosque. Este tiro le rompe un brazo, le hace caer y lo pone fuera de combate.

Los gritos y los tiros se oyeron en Donnery. El sargento y uno de los gendarmes que estaban allí de punto, acudieron; el fuego de un pelotón les lleva al lado opuesto á aquel en que ocurría la escena del robo. El gendarme da gritos para intimidar á los bandidos, y simula con sus órdenes la llegada de socorros ficticios, gritando: «¡Adelante! ¡El primer pelotón por allí! ¡Ya los tenemos! ¡El segundo pelotón por allá!»

Los bandidos, por su parte, gritan: «¡A las armas! ¡Aquí, compañeros! ¡venga aquí ayuda cuanto antes!»

El ruido de las descargas no permite oír al sargento las voces del gendarme herido, ni ayudar á la maniobra semejante con que el otro gendarme tenía á los bandidos en jaque; pero pudo distinguir cerca de él un ruido que provenía del derribo y apertura de las cajas. Avanza por aquel lado, y como cuatro bandidos armados le saliesen al encuentro, les grita: «¡Rendíos, malvados!»

Estos replican: «¡No te acerques, ó eres muerto!» El sargento se precipita sobre ellos, salen dos tiros y cae herido: una bala le atraviesa la pierna izquierda y penetra en los flancos de su caballo. El valiente soldado, bañado en su sangre, se ve obligado á dejar aquella lucha desigual, y grita, aunque en vano: «¡A mí! ¡los bandidos están en Quesnay!»

Los bandidos, dueños del terreno gracias á su número, registran el coche, que estaba colocado á intento en una de las cunetas de la carretera. Por farsa y para disimular su culpabilidad, los salteadores habían vendado los ojos al cochero. Se abren las cajas, los sacos de plata se sacan de ellas y se cargan so-

bre los caballos del coche, que habían sido desenganchados. Los bandidos despreciaron tres mil francos en calderilla, y se llevaron sobre los caballos una suma de ciento tres mil francos. Después se dirigen hacia el caserío de Menneville, que está cerca de la aldea de Saint-Savin. La horda y el botín se detienen en una casa aislada perteneciente á los hermanos Chaussard, donde vive un tío de éstos llamado Bourget, confidente del proyecto desde su origen. Este anciano, ayudado de su mujer, acoge á los bandidos, les recomienda que guarden silencio, descarga el dinero y se va á la bodega á sacarles algo que beber. La mujer quedó haciendo de centinela al lado del castillo. El anciano coge los caballos, los lleva al bosque, y desata á los dos jóvenes y al complaciente cochero, que habían quedado amarrados. Después de haber reposado breves momentos, los bandidos se ponen en camino. Courceuil, Boislaurier é Hiley pasan revista á sus cómplices, y una vez que entraron á éstos módicas retribuciones, la banda se disuelve, huyendo cada uno por su lado.

Llegados á un lugar llamado el Champ-Landry, estos malhechores, obedeciendo á aquella voz que lleva á todos los miserables á incurrir en contradicciones y falsos cálculos respecto al crimen, tiran sus fusiles á un campo de trigo. Esta acción, hecha por todos, es la última señal de su mutua inteligencia. Llenos de terror por el atrevimiento de su atentado y por el éxito mismo, se dispersan.

Una vez ejecutado el robo con las agravantes de asesinato y ataque á mano armada, se prepara el encadenamiento de otros hechos, y otros autores van á obrar con motivo del relato del robo y de su destino.

Rifoel, escondido en París, desde donde dirigía esta trama, transmite á Leveillé la orden de que le remita inmediatamente cincuenta mil francos.

Courceuil había mandado ya á Hiley que fuese á